

Pasada la portería del convento, se leía en la parte superior de la entrada al peristilo, la siguiente noticia: «*Se reformó esta puerta y se acabó de enlosar y secutar este claustro, día 29 de Noviembre de 1785 años.*» La entrada nada ofrece notable, si no es el brocal del pozo formado de una sola piedra. Al entrar á la galería que precede á la escalera por donde se sube al claustro, se lee: «*Sit nomen Mariæ benedictum, ex hoc nunc, et usque in seculum.* Mayo 17 de 1786.»

La iglesia posee una sacristía aseada y espaciosa, en la que se respira bienestar; allí se encuentran algunas efigies de notable primor; pero á todas supera la pintura, tamaño natural, de Nuestra Señora de la Piedad, colocada en el altar mayor, imagen de María al pié de la cruz, con el cadáver de Jesucristo en sus brazos. En uno de los cuadros laterales del púlpito, se leen estos versos que resumen la tradición acerca del origen milagroso de la Imágen.

De romano pincel un religioso
Solicita la imágen de Piedad
Por encargo que lleva, y le es forzoso
Regresarse con tanta brevedad
Que aunque al pintor ocurre cuidadoso
Halla solo en bosquejo esta beldad.
El dibujo recoge, en pensamiento
Que en México ha de darse el complemento.
Á la vela se dá, y una tormenta
Iba á hacerle sepulcro de la nave:
Por la imágen se libra, á buena cuenta
Y aun no dá con la cuenta que le cabe;
Libre á México arriba, y cuando intenta
Entregar el dibujo á quien lo acabe,
Se admira ya la imágen, con desvelo
Toda perfeccionada por el cielo.

El Santuario de la Piedad ha sido por muchos años el lugar en que se lloran todos los infortunios y las miserias á que se busca remedio. Las generaciones han conservado ese templo levantado por la piedad, virtud que por herencia se abriga en todas las clases de nuestra sociedad, perfume de consuelo que jamás olvida el pueblo mexicano.

Posteriormente, amortiguado el primitivo fervor, quedó sirviendo de ayuda de parroquia correspondiente á Tacubaya, administrada por un religioso de la misma órden, que ejercía sus funciones á manera de clérigo y que cuando fueron suprimidas las órdenes religiosas, cambió el hábito por la sotana. El convento continuó en el mismo estado; despues de las leyes de desamortización, la huerta pasó á otro dueño que ha cuidado de fomentar el cultivo.

Las fiestas del Santuario han sido siempre muy concurridas por los indígenas,

cuyo sistema nervioso es sumamente fino y se excita con facilidad, haciéndolo gozar y dando origen á la inclinación decidida que tienen á las fiestas y á la música; se cree que no cultivando la inteligencia se conserva en alto grado la sensibilidad, y que si carecen los pensamientos de los brillantes matices de la elocuencia y de la metafísica, se manifiestan mejor las efusiones espontáneas y patéticas del corazón. Las luces, los repiques, la música, han ejercido siempre en nuestro pueblo, perteneciente en su mayoría á la raza indígena, grande influencia, exaltando el sistema nervioso, haciéndolo gozar con atractivos desconocidos para los individuos de diverso temperamento. Más que ninguna otra raza, siente el indígena la necesidad de dar pábulo á sus sentimientos religiosos y satisfacer la imperiosa exigencia de emociones.

La calzada de la Piedad ha servido muchas ocasiones para que se formen las tropas en las entradas triunfales de algunos gobernantes de México; las fuerzas que constituyeron el ejército trigarante se sirvieron de esa calzada para ordenar su marcha; despues, entre otras entradas triunfales verificadas por allí, se hizo notable la del General Santa-Anna, cuando regresó de la campaña del Sur, en 1854.

Esa entrada famosa, fué prescrita anticipadamente por un ceremonial: salió del Santuario de la Piedad la comitiva; rompian la marcha cuatro batidores, seguian los vítores, las mazas del Ayuntamiento, los coches de particulares convidados, llevando librea todos los lacayos; en sus carruajes iban los miembros de la Órden de Guadalupe, los Secretarios de Estado y del Despacho; S. A. S. solo en el coche, yendo á la derecha del carruaje el Gobernador del Distrito, á caballo y el comandante general á la izquierda; detrás del coche de S. A. S. los ayudantes de campo y despues el mayor de plaza con sus ayudantes y un escuadrón de lanceros con estandarte y música; el comercio estuvo cerrado, hubo músicas en el paseo, corridas de toros, fuegos artificiales y ópera; se cantó el himno nacional, con la música compuesta por el artista Botessini. La valla fué formada por las tropas desde la garita de la Piedad hasta la Catedral, pasando por debajo de un arco de triunfo decorado con pinturas alusivas á la solemnidad y coronado por la estatua de Santa-Anna. Éste se trasladó de Tlalpam á la Piedad, llegando á las doce segun anunciaron las salvas de la artillería y el repique de las campanas. Fué aquel día uno de los en que, el pueblecillo de la Piedad ha estado mas concurrido y animado.

El Cementerio de la Piedad.

En ese panteon se refleja el estado de cultura que guarda nuestra sociedad; ningun otro de los de la capital mas poético, ningun otro posee la tristeza vaga que se siente allí sin poderla explicar; los que tienen necesidad de emociones fijas, las encuentran allí, las almas adoloridas y nebulosas como los días sombríos del otoño,

los espíritus disgustados por las vicisitudes de la vida, encuentran recogimiento, soledad y consuélanse con los grandes pensamientos de la eternidad.

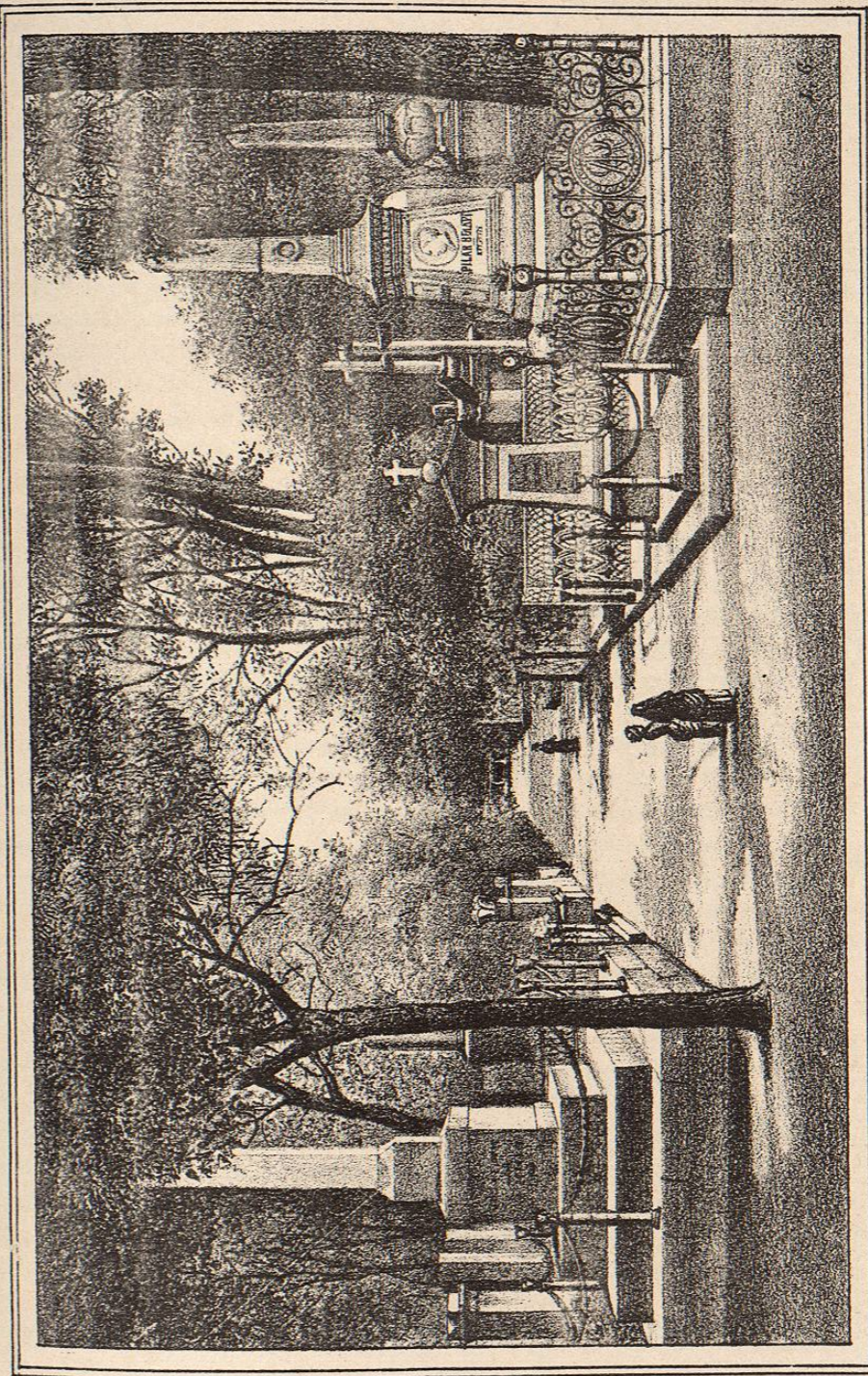
Cerca del pueblecillo de la Piedad aparece el cementerio, frente á otro general que hoy es poco frecuentado; por donde quiera se ven en el panteon risueños montecillos de verdura que sirven de peana á rústicas cruces de metal; al pié de fastuosos mausoleos de mármol, no es raro ver arrodillados á los que vierten lágrimas en memoria de un ser querido; por un lado se deslizan furtivamente los que buscan la calma y desean sumergirse en la meditacion y en la plegaria; por otro se presenta la comitiva de los que van á arrojar sobre el cadáver del amigo el último puñado de tierra y á dedicarle la última oracion, acompañando imponente la voz lenta y grave del sacerdote, que recuerda la nada de la vida y las vanidades del mundo.

Embellece el moderno panteon de la Piedad, la uniformidad en las hileras de árboles alternados con bosquecillos de arbustos que cubren las tumbas ó limitan las extensas calzadas; en algunos lugares se mezcla al follaje del sauce lloron, la sombra verdiosa del álamo y del sabino, ó la arrogante forma del pino y el alcanfor; por todas partes se perciben emanaciones balsámicas de la rosa, la azucena, el lirio. Multitud de elegantísimos mausoleos de estilo variado, adornan aquella mansion de paz y de reposo eterno; en ciertos días aparecen las tumbas vestidas de flores ó coronas, cuando los sollozos de dolor se exhalan en silencio y buscan ocultarse á las miradas de los indiferentes.

Esas tumbas contienen epitafios grabados sobre el mármol; ya recordando apelativos de respetables familias, entre ellos los de Escandon, Landa, Barron y tantos otros; ya de las que fueron aplaudidas artistas, como Pilar de Belaval; por los epitafios se vé que reposan la jóven al lado del esposo, el niño al lado del anciano, el hijo cerca de la madre; el espléndido mármol domina á la humilde tumba; al lado del jarron de las cenizas del hombre de ingenio, tal vez reposan las del que careció de inteligencia; otras bóvedas encierran los miembros de una familia unida en la eternidad, en tanto que aquí la desunieron las ambiciones, las rivalidades de gloria y de grandeza. Entre los adornos resaltan algunos erigidos á la memoria de sábios, cuya voz se apagó bajo la fria piedra de la tumba; otros representan á la muerte figurando un querubin que despliega sus alas azuladas; mas allá están los altos minaretes de las capillas que encierran algunos granos de polvo en que se confunden el rango, la fortuna, la edad y el sexo. Las pompas que el cariño ó la vanidad quieren llevar hasta aquel asilo funerario, se apagan al restablecer la muerte el equilibrio, nivelándolo todo; séres que duermen su último sueño sobre la pluma y la seda ó en el duro suelo, todos serán juzgados igualmente cuando los despierte la voz del Eterno.

El que visita el panteon de la Piedad, siente que su ser se transforma y se entrega á las reflexiones gradualmente; allí nace la calma, á la amargura que devora suceden ideas de paz y de benevolencia; la muerte no se presenta allí bajo imágenes tétricas y lúgubres, se la mira como el bendito medianero que abre las puertas de la

México Pintoresco. — Tomo II. — Alrededores de México.



LITOG. DE MUAGUIA.

Panteon de la Piedad, llamado de los franceses.

eternidad y que quita en la vida la única línea que separa á Dios de la criatura; al susurrar el viento entre las hojas de los árboles, parece que se oye la voz que dice estar terminada nuestra peregrinacion, agotada la amarga copa y que la bienandanza nos espera en la eternidad.

Al visitar el panteon, no es raro encontrar arrodillada alguna persona con los brazos cruzados y la mirada fija en el suelo; abismada en éxtasis que la separa completamente de los objetos que la rodean; inmóvil como si fuera una figura esculpida en el mausoleo, se le habria creído una estatua de mármol, á no ser por las palpitations de su agitado pecho. Despues de concluir su oracion, se levanta, coloca sobre el sepulcro un ramo de flores y se retira cabizbaja, cual si perdiera el piso á cada paso y tiene que sentarse en alguno de los bancos que se levantan en las glorietas del panteon. Ahí conocí á un jóven infeliz cuya esposa murió el primer dia de casados; se habian amado desde niños, primero fraternalmente, pareciendo que todo concurría para que no se separasen jamás; ella era esbelta, rubia y afectuosa, él sério, pensativo, soñador; no habian comprendido la vida sino en el mundo ideal; sus espíritus estaban unisonos, sus corazones experimentaban los mismos impulsos y sus gustos eran idénticos; la existencia de ambos estaba pendiente de un mismo destino. Fueron educados por los mismos profesores: juntos hicieron su primera comunión. Las enfermedades vinieron á poner un hasta aquí á toda dicha; la jóven novia se agravó y casi á la orilla del sepulcro recibieron de un sacerdote la bendicion nupcial. Durante mucho tiempo visitó el jóven aquel panteon, permanecia sentado á la sombra de los fresnos y los sauces, parecíale percibir la voz de la que amó derramando en su alma la poesia del cielo; allí encontraba fuerzas para la resignacion que aconseja soportar los males de un dia, en cambio de una felicidad sin límites en que se reunen eternamente las almas.

Desde el panteon de la Piedad se perciben á lo léjos los vagos rumores del mundo, silva el viento entre los pinos y arrastra las hojas marchitas que ruedan por el polvo con triste ruido; es imponente el aspecto de un ataud entre tantas galas de la vegetacion. Los cánticos que eleva la iglesia por los que fueron; los túmulos negros, los cráneos coronando los fúnebres mausoleos; la puerta de la entrada rechinando sobre sus goznes, atemorizan al que vé de la vida solamente los placeres, pero no al que considera su último fin. Las comitivas que acompañan á los entierros se despiden en aquel panteon, pensando todos los acompañantes en la fragilidad y la amargura de esta vida, que se reduce á un estrecho sitio en el que terminan las brumas y las tempestades de la existencia; allí acaban los dolores de las profundas heridas, los ambiciosos pensamientos que cual cáncer corroen el corazon; para los que sufren, el cementerio viene á convertirse en asilo y hallan consuelo y amparo en las sombras del sepulcro.

El panteon de la Piedad se presta para la meditacion del filósofo que considera aquella última morada, como el término de la peregrinacion en el mundo; allí el que sufre eleva su mente á lugares mas felices donde el alma goza una ventura que en vano buscó en la tierra; entre las frescas sombras de los fresnos y sauces, fortifica

su espíritu el que visita aquella bellísima mansion y se siente firme y fuerte para combatir los trabajos y aficciones de la vida.

Ese panteon, que fué establecido por el año de 1865, se ensancha diariamente y se hermosea con el empeño cuidadoso que allí se advierte. La atmósfera serena, las bellas vistas que se presentan en el inmenso horizonte del Valle de México, la grandiosa perspectiva de las montañas y los volcanes, forman un sublime espectáculo que contribuye á quitar al sitio mortuorio, el aspecto desconsolador y fúnebre que presentan casi todos los de su clase, semejantes al libro de Ezequiel, cuyas lúgubres hojas contienen duelos, lamentaciones y desgracias.

Se ha duplicado en pocos años la área que ocupan los sepulcros y la plantacion de árboles y flores, formando un jardin delicioso, compuesto de cuadros simétricamente colocados, que embalsaman el aire, lo purifican y recrean el olfato á la vez que la vista. Aquella grande área de terreno era muy estéril porque estaba saturada de salitre, enemigo de toda vegetacion; pero se ha conseguido hacerla fecunda. La acacia, los fresnos, cedros, álamos y cipreses crecen con vigor; encuéntrase á cada paso sepulcros sencillos y de buen gusto, hay inscripciones en prosa y verso, con letras de oro y adornos alegóricos: aquel lugar, ántes desierto, árido y tristísimo, se ha trocado en paseo delicioso, principalmente por las consideraciones morales á que conduce. El dia de finados celebráse allí con una funcion en la que cantan los mejores artistas; se decora muy bien la capilla y asiste una concurrencia numerosa.

MIXCOAC¹.

(*Santo Domingo.*)

El pueblo de Mixcoac ya existia cuando Cortés vino á México y el conquistador en una de sus cartas á Carlos V le llama Mixquique y aun le asigna seis mil vecinos; pero debe haber sido de órden secundario, pues no conserva ningun resto ni monumento de la época anterior á la conquista.

Mixcoac es una aldea cuyos habitantes no llegan al número de dos mil, repartidos en el centro de la poblacion y en varias huertas y barrios de los alrededores; son en su mayor parte indígenas que se ocupan en la labranza de pequeñas por-

(1.) Tal vez proviene de la palabra "Mixcoatl;" diosa de la caza y númen principal de los chichimecas; tenia en México dos templos y le hacian una gran fiesta sacrificando animales montaraces.

ciones de tierras que poseen, ya en propiedad, ya en enfitéusis; la corta cantidad de maíz que cosechan, la consume el mismo pueblo; producen las huertas frutas exquisitas que venden los indígenas en la capital y flores de que forman preciosos ramilletes que expenden en el mercado, establecido con tanto éxito en la plaza mayor de México. De los magueyes se extrae el *tlachique* ó pulque dulce, aunque en corta cantidad. La fabricacion del ladrillo constituye allí una verdadera industria, siendo muy estimado para construcciones el que se elabora en ese pueblo.

Posee Mixcoac preciosas casas de campo y habitaciones sólidas y espaciosas, entre las que aun conservan nombradía la del Sr. Fernandez Monjardin y la del Lic. Molinos del Campo. Mixcoac carece de agua suficiente y aunque varias ocasiones se ha tratado de llevarla de Tacubaya, no se ha logrado; sin embargo, crecen allí con notable lozanía los fresnos y chopos, hay lugares verdaderamente deliciosos y el agua se encuentra en los pozos á regular profundidad.

La iglesia, dedicada á Santo Domingo, es humilde, no tiene adornos y la administran un cura párroco y un vicario. Sujeto el pueblo de Mixcoac á Tacubaya en lo político y en lo judicial á San Angel, es administrada la justicia por el juez de paz que reside en el lugar.

En Mixcoac estuvieron el General Herrera, Presidente de la República, y sus ministros, cuando regresaron de Querétaro en 1848, para entrar á la capital, evacuada por el ejército norte-americano en virtud del tratado de Guadalupe.

Ese fértil y precioso pueblecito, expuesto á destructoras inundaciones, sufrió una terrible en la noche del 24 de Agosto de 1853, á consecuencia de la manga de agua que reventó en los montes que lo dominan. Tan espantosa y grande fué la avenida, que en poco tiempo reboseó el agua sobre los bordes del rio, derribándolos en varios puntos, y se extendió violentamente por toda la poblacion, arrasando casas, huertas y sementeras y hubo no pocas pérdidas de vidas. Los pobres que cifraban sus esperanzas en los productos de sus terrenos, quedaron reducidos á la mendicidad. Comprimia el corazon el triste resultado de tan lamentable catástrofe; se nombraron comisiones para coleccionar donativos y la caridad pública respondió generosamente á los que solicitaban recursos para aliviar tanta miseria. El agua se precipitó por un callejon en que está la casa llamada del Lic. Monjardin, en donde subió á mas de dos varas y derribó las tapias que estorbaban la corriente; la escuela fué invadida por puertas y ventanas, y la avenida derribó esa vez parte de las bardas del cementerio y casa parroquial.

Tambien la poblacion de Mixcoac ha tenido individuos que se han empeñado por su adelanto: en 1852 proyectó y estableció el afanoso miembro del Ayuntamiento, D. Antonio Daza y Argüelles, el alumbrado público; se formó una buena sala para que sirviera de escuela municipal con todo lo necesario para mejorar la educacion, principalmente entre los indígenas; se hicieron plantíos de chopos y sauces desde la entrada del pueblo hasta la plaza grande y en la calzada, costeano todo por suscripciones pues que el Ayuntamiento carecia de fondos, por no haberle concedido